

◆ PREGUNTA:

«¿HAY UN MODELO PARA LA IGLESIA?»

HUGO McCORD

◆ RESPUESTA:

Algunos predicadores ilustrados han inducido a error a los jóvenes, así como a algunos adultos, al afirmar que las epístolas neotestamentarias constituyen «una colección de cartas de amor, y que como tales, en ellas no hay reglas». No hay duda de que el amor sustenta e impregna la totalidad del Nuevo Testamento; sin embargo, este declara una bendición solamente para los que andan conforme a cierta «regla» (del griego *kanon*; Gálatas 6.16).

Hay quienes dicen que «las cartas de amor no tienen leyes»; sin embargo, las cartas del Nuevo Testamento se basan sobre «la ley de Cristo» (Gálatas 6.2).

Hay quienes dicen: «Tengamos amor, pero no doctrina». No obstante, un hombre inspirado escribió a un joven predicador que se ocupara en «la doctrina»,¹ y que tuviera cuidado de «la doctrina», pues haciendo esto, se salvaría a sí mismo y a los que lo oyeran (1^{era} Timoteo 4.13, 16).

Hay quienes ridiculizan la idea de un modelo. No obstante, a un sastre que vaya a hacer un nuevo traje, un modelo le resulta muy útil. Un escolar que está aprendiendo a escribir el abecedario copia el modelo que su maestra le proporciona. Jesús nos dejó «ejemplo» para que los cristianos pudiéramos «[seguir] sus pisadas» (1^{era} Pedro 2.21).

MODELOS DADOS POR DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Fue Dios, no predicadores chapados a la antigua, el que inició lo que algunos predicadores modernos censuran con la frase de «teología basada en modelos». Dios dio un modelo para la adoración desde los tiempos de Abel. En vista de que Abel tuvo fe al ofrecer sus sacrificios (Hebreos 11.4), y en vista de que la fe viene por el oír la Palabra (Romanos 10.17), es claro que Dios fue específico al señalar sacrificios animales, y no vegetales, en el caso de Caín y Abel (Génesis 4.4).

Fue así como dio comienzo el modelo de ofrendas de animales y de sangre. Este modelo fue el que siguieron Noé, y también Abraham, Isaac y Jacob (Génesis 8.20; 12.7–8; 26.23–25; 31.54). Los sacrificios de sangre eran imprescindibles en el pacto mosaico con Israel (Levítico 16.1–34). ¡La culminación de este sistema se alcanzó cuando a Jesús se le «[preparó] cuerpo» humano para que «por su propia sangre» pudiera ser «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»! (Juan 1.29; Hebreos 9.12; 10.5).

Fue Dios quien dio a Noé instrucciones específicas para la construcción del arca, instrucciones que precisaban la clase de madera, las dimensiones, el número de pisos, la ventana, y otros aspectos por el estilo. A Noé se le elogió por haber seguido el modelo (Génesis 6.14–16, 22). Moisés, al construir el tabernáculo, no trabajó sin el «modelo» (*tabhnith* en hebreo; *tupos* en griego) que Dios le dio en el monte (Éxodo 25.9, 40; 26.30; Hebreos 8.5).

Asimismo, el Señor, «por el Espíritu», dio a David un plano del templo (1^o Crónicas 28.12). David dijo: «Todas estas cosas [...] me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del [modelo]»² (1^o Crónicas 28.19).

A David mismo no se le permitió edificar el templo, pero dijo que preparó para este con todas sus fuerzas (1^o Crónicas 29.2). Antes de entregar el plano a su hijo Salomón, hizo que se cortaran piedras con las dimensiones señaladas y ya «acabadas» en cantera (1^o Crónicas 28.11; 1^o Reyes 6.7). El cuidado que tuvo Salomón al seguir el modelo fue tan preciso que «ni martillos ni hachas se oyeron en la casa, ni ningún otro instrumento de hierro» (1^o Reyes 6.7).

EL MODELO DADO POR DIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Dios siempre da un modelo que Su pueblo ha

de imitar. Así como Él fue el arquitecto del templo de Salomón, también lo fue de otro templo, un templo que construyó uno que era «más que Salomón» (Mateo 12.42). Jesús anunció que Él edificaría, no una estructura física, ni el edificio de una iglesia («un edificio erigido para la adoración colectiva»), sino un edificio hecho de personas, del cual se escribiría: «vosotros sois [...] edificio de Dios» (1^{era} Corintios 3.9). Por consiguiente, el templo de Jesús no fue construido con «piedras costosas» de mármol, ni con «maderas de cedro» (1^o Reyes 5.17; 6.10), sino con «piedras vivas» (1^{era} Pedro 2.5), las cuales están unidas por el mortero del «amor, que es el vínculo perfecto» (Colosenses 3.14).

¡Qué «edificio»! Todos los cristianos tienen el privilegio de decir colectivamente: «Porque [nosotros] sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos» (2^a Corintios 6.16; vea Efesios 2.20–22). Pablo escribió a los cristianos que «el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es» (1^{era} Corintios 3.17).

Lo maravilloso es que los cristianos son templo del Señor no solo de modo colectivo, sino que también lo son de modo individual: el cuerpo físico de cada cristiano «es templo del Espíritu Santo» (1^{era} Corintios 6.19).

¿Existe un plano para este maravilloso edificio? Así como las instrucciones para el sacrificio de Abel, para el arca de Noé, para el tabernáculo de Moisés y para el templo de Salomón, vinieron del cielo, también de allí vinieron las especificaciones para el templo espiritual de Dios, al cual por lo general se le llama «la iglesia». Estas especificaciones habían de ser enviadas desde el cielo a los apóstoles de Cristo. Anticipando el «principio» del cristianismo (en el 30 d. C.; Hechos 2.1–47; 11.15), Jesús anunció a los doce el modelo del Padre para la iglesia, diciendo: «De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado [del griego *estai dedemena*] en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado [del griego *estai lelumena*] en el cielo» (Mateo 18.18).

Antes que los apóstoles dijeran o escribieran algo, lo que ellos dirían o escribirían ya había sido dicho en los cielos por el Padre al Espíritu Santo, a quien el Padre iba a enviar a los apóstoles en Jerusalén el día de Pentecostés (Juan 14.26; Hechos 1.8; 2.1–4). El Espíritu no hablaría «por su propia cuenta»; sino que hablaría lo que oyera al Padre decir, cosas que hablaría para guiar a los apóstoles «a toda la verdad» (Juan 16.13).

Los apóstoles habrían de ser «embajadores» sentados sobre «doce tronos», durante todo el tiempo de «la regeneración» (Mateo 19.28). Estos

tendrían «autoridad» de «los cielos» hasta «el fin del mundo» (Mateo 18.18; 28.20; 2^a Corintios 5.20; vea 1^{era} Tesalonicenses 2.6). La única manera de distinguir entre «el espíritu de error y el espíritu de verdad» (1^{era} Juan 4.6)—entre el día de Pentecostés del 30 d. C., y la segunda venida de Cristo—consiste en recurrir a «la doctrina de los apóstoles» (Hechos 2.42). El único documento sobre la tierra en el cual se puede encontrar la doctrina de los apóstoles lo constituyen los veintisiete libros neotestamentarios. Gracias a la voluntad y a la sabiduría del Padre, el Nuevo Testamento es completo, inmutable y final (2^a Timoteo 3.17; 2^a Pedro 1.3; Gálatas 1.8–9; Judas 3).

LOS MODELOS DADOS POR DIOS SON RECHAZADOS

Hay quienes se burlan de la idea de recurrir al Nuevo Testamento en un esfuerzo por restaurar la iglesia del siglo I, diciendo: «¿Cuál iglesia desea usted restaurar? ¿La de Jerusalén, con su ausencia de celo evangelista? ¿O la de Corinto, con su fornicación y ebriedad declaradas, en los servicios de la iglesia, durante el momento de la comunión?».

El Nuevo Testamento da a entender claramente lo que Dios aprobó y lo que desaprobó en cada una de las iglesias del siglo I. Nos habla de ejemplos buenos y malos, y está escrito de modo que la gente sencilla y común pueda tener discernimiento «del bien y del mal» (Hebreos 5.14).

Aunque desde el principio el propósito de Dios fue que la humanidad siguiera modelos, también desde el principio ha habido quienes rechazan estos, siendo Caín el primero de ellos (Génesis 4.5–7). El orgullo del hombre lo lleva, una y otra vez, a rechazar las instrucciones que vienen del cielo, haciendo «lo que bien le [parece]» (Jueces 21.25). Jeremías predicó que «el hombre no es señor de su camino», que los mortales son incapaces de ordenar sus pasos (Jeremías 10.23). El orgullo humano sostiene que «la medida de todas las cosas es el hombre».³

La advertencia del apóstol en el sentido de no ser sabios en nuestra propia opinión (Romanos 12.16), es por lo general desatendida. El propio entendimiento del hombre llevó a los humanistas a escribir: «Han quedado atrás los tiempos del teísmo»;⁴ «Ninguna deidad nos salvará; es necesario que nos salvemos nosotros mismos».⁵

Hay quienes, aun creyendo que Dios existe, rechazan a Cristo. Sostienen que la afirmación en el sentido de que «la salvación es posible únicamente por medio de Jesús» equivale a «confiar en uno mismo como justo».

Hay otros que, aunque afirman creer que Dios existe, y que la salvación es dada únicamente por medio de Cristo, no obstante, renuncian al modelo de obediencia al evangelio (2ª Tesalonicenses 1.7–9).⁶ Uno que se autodenominaba predicador del evangelio escribió: «Estoy convencido de que los que son sinceros y que no han sido sumergidos», serán «eternamente salvos».

Aun otros, que rechazan todos los modelos, sostienen que nadie se perderá. Apuestan sus almas a la noción de que Dios es demasiado bueno y amoroso para enviar a alguno al infierno.

«Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?» (Romanos 9.20a).

CONCLUSIÓN

Dios nos proporcionó un modelo para nosotros hoy día. No seamos como el niño que pasa por alto las directrices de su maestra y hace garabatos carentes de significado. En lugar de esto, seamos los seguidores de modelos que Dios quiso que fuéramos. Su deseo es que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2ª Pedro 3.9).

¹ N. del T.: En la Reina-Valera se lee «enseñanza» en el versículo 13; sin embargo, la palabra griega es la misma

que también se traduce por «doctrina» en el versículo 16.

² N. del T.: En la Reina-Valera se lee «diseño».

³ Esta afirmación se atribuye a Protágoras, un filósofo griego del siglo V a. C.

⁴ “Humanist Manifesto I” («Manifiesto humanista I»), *The New Humanist* (May/June 1933); reimpreso en Paul Kurtz, ed., *Humanist Manifestos I and II* (Buffalo, N.Y.: Prometheus Books, 1973), 8.

⁵ “Humanist Manifesto II” («Manifiesto humanista II»), *The Humanist* (September/October 1973); reimpreso en Paul Kurtz, ed., *Humanist Manifestos I and II* (Buffalo, N.Y.: Prometheus Books, 1973), 16.

⁶ Lea Romanos 6.17, junto con una explicación que se da en 6.3–4 de la frase «aquella forma de doctrina».

LA IGLESIA

«La iglesia no es un lugar, sino un pueblo; no un redil, sino un rebaño; no un edificio sagrado, sino una congregación de creyentes. La iglesia es usted que ora, no el lugar donde ora. Una estructura de ladrillo o de mármol no puede ser una iglesia como tampoco sus vestidos de algodón o de seda, pueden ser usted. No hay nada en este mundo que sea sagrado, excepto el hombre; no hay santuario de Dios, excepto el alma».

Adaptado